

PARTE PRIMERA

SU VIDA

HENRY GEORGE EN LA SOCIOLOGÍA  
CONTEMPORANEA

El «Georgismo». — Difusión de sus doctrinas. — Interés práctico de su estudio. — Silueta de Henry George.

Henry George es, sin disputa, el pensador cuyas ideas se propagan con mayor rapidez entre las masas populares de todos los países, principalmente de los que hablan lengua inglesa. Sus doctrinas son, también, las que más prontamente van traducándose en fórmulas políticas concretas é infiltrándose con mayor eficacia en la legislación. Menos de cuarenta años después que el gran pensador enunciara por primera vez su fundamental doctrina sobre la propiedad privada de la tierra y sobre los efectos de ésta en la distribución de la riqueza como causa de que la miseria aumente al compás del progreso, el remedio preconizado por Henry George, no como uno de los posibles, sino como el único fructuoso ha llegado, no sólo á inspirar la legislación de los países nuevos, como Australia,

Canadá, Nueva Zelanda y tantos otros, sino que dirige la acción de estadistas como Asquith, Lloyd George y Churchill y determina la gran obra social y económica de fundamental reforma comenzada en Inglaterra en 1909, la cual corona la etapa de propagación del Georgismo y da comienzo á otra más fecunda, definitiva y universal.

Cuando Henry George escribía su libro «Protección ó Libre Cambio?», vaticinaba el advenimiento de ese período, afirmando que, puesta en marcha la idea en Inglaterra, no se detendría hasta su final para bien de nuestra civilización. Hoy, en torno de las ideas de Henry George, hay una copiosa bibliografía en todos los idiomas; en los países más importantes se han constituido sociedades de fervorosos adeptos, consagradas á difundirlas y hacerlas prevalecer; y numerosas revistas en Lengua inglesa, alemana y francesa y española (El Impuesto Único), tienen por exclusivo cometido hacer que en el entendimiento de los hombres contemporáneos penetre la poderosa luz de la verdad, esclarecedora de los problemas sociales que encendió el inmortal escritor americano.

No se trata, pues, de un pensador oscuro, solitario é infecundamente teórico, sino del propulsor más vigoroso de las hondas y decisivas reformas sociales que los países más adelantados en estas materias están realizando. Nuestra civilización no conserva memoria de ningún libro, salvo la Biblia, del cual se hayan hecho más numerosas y frecuentes ediciones que del primero y fundamental libro de Henry George «Progreso y Misería». Millones y

millones de ejemplares han sido agotados rápidamente; y uno y otro año las prensas de los países de Lengua inglesa siguen arrojando nuevas ediciones de todos los tipos, de todos los precios, populares y lujosas, como una continua corriente que fecunde en la inteligencia de las muchedumbres los gérmenes depositados por la observación y por el choque permanente con la realidad sobre las causas de su aflictiva miseria y de los caminos que se han de seguir para remediarla.

Así, pues, la vida y las doctrinas de Henry George ofrecen á todo espíritu culto y reflexivo supremo interés no sólo por las grandes verdades que encierran, sino por la extensa obra que han realizado ya y por el incontrastable influjo que han de tener sobre el porvenir de nuestra civilización.

La vida de Henry George es típicamente americana. Ofrece el ejemplo de un autodidacto, de un hijo de sus propias obras, con toda la energía que los hombres adquieren en las sociedades nuevas cuando no los asedia y oprime el peso de las restricciones, que en períodos más avanzados y en sociedades más complejas cohiben y acaban por ahogar toda la espontaneidad y brío interno de los hombres. Fué, además, un espíritu recto, una conciencia inflexible, una voluntad indomable, que ajustó siempre sus actos á sus convicciones; corazón de santo é inteligencia de vidente, que justificó, al través de su vida, el dictado que el duque de Argilly, en el hervor de una polémica, le dió irónicamente, y que la posteridad ha consagrado: «El profeta de San Francisco».

## II

### GERMINACIÓN DE LAS DOCTRINAS

Datos biográficos.—Nacimiento.—Progenitores.—Los primeros pasos en la vida.—A bordo de un velero.—George, tipógrafo.—A la mar otra vez.—Relaciones familiares.—Esperanzas.—Casamiento.—El asedio del hambre.—Una anécdota.—George, periodista.—Bonanza.—Gérmenes de su doctrina.—La lucha contra la iniquidad.—La inmigración china.—«The Transcript».—La tierra en California.—Luchas electorales.—«The San Francisco Post».—«Nuestra tierra y política de la tierra».—George, funcionario público.—«El problema ante el pueblo».—La primera Liga para la reforma de la tierra.—George escribe «Progreso y Miseria».

Nació Henry George el 2 de Septiembre de 1839 en Filadelfia, á una milla de «Independence Hall». Sus antecesores eran oriundos de Inglaterra y Escocia. Su abuelo paterno fué constructor de barcos en Filadelfia; su abuelo materno, procedente de Glasgow, alcanzó nombradía como grabador en la época del Presidente Washington. Su padre era un modesto funcionario de Aduanas, con 800 dólares al año.

No fueron muy brillantes y lisonjeros los primeros pasos de Henry George en la vida. Asistió du-

rante algún tiempo á la escuela pública. Permaneció más tarde unos meses en un colegio de estudios superiores; salió de éste, y después de un pequeño período de vagabundaje, teniendo quince años, entró como grumete en un barco de 500 toneladas que hacía la carrera de Australia y la India. Al retorno de un viaje á Australia entró en una imprenta de San Francisco de California, donde aprendió el oficio de tipógrafo.

Es dato significativo—dice uno de sus biógrafos,—como indicio del carácter que ya comenzaba á manifestarse en el muchacho, cuyo nombre más tarde había de recorrer el mundo, que el movimiento abolicionista de la esclavitud que entonces comenzaba á tomar cuerpo, le arrancó expresiones condenatorias de la institución odiada (juicios absolutamente contrarios á las opiniones políticas de su padre), que indicaban cómo su espíritu, aun siendo todavía un muchacho, se rebelaba ya contra ideas é instituciones que violan la ley moral. Fué doctrina suya durante toda su vida, que las cosas justas, á la larga, son siempre lo mejor.

En 1856 dejó su oficio de tipógrafo para alistarse otra vez como marinero, y á través del Estrecho de Magallanes hizo un viaje á Boston. Le faltó trabajo, y á bordo de otro barco, también en puesto humilde, regresó á San Francisco de California, desde donde nuevamente volvió á navegar, dirigiéndose á la Colombia inglesa. Se incorporó más tarde á una partida de aventureros, buscadores de oro en los «placeres de California». La

expedición fracasó, y nuestro héroe tornó á San Francisco para buscar trabajo.

No le sonrió la suerte. A pesar de su inteligencia y de su energía, pasó hambre. Sin embargo, el pobre muchacho devoraba sus padecimientos, ocultándolos á sus padres, residentes en Filadelfia, y con quienes comunicaba frecuentemente, manteniendo una correspondencia, al parecer llena de alegría y perfumada por el entusiasmo y la fe de la juventud. Transmitía á sus padres—dice un georgista entusiasta—todas sus esperanzas y ninguno de sus dolores. Los padres le aconsejaban que no se afanara con exceso por ser rico, cuando Henry George no sabía cómo comer. Tenía una hermana, bien amada de él, y sus cartas á ésta respiran júbilo. Cuando tuvo transitoriamente trabajo como cajista, escribía á aquélla hablándola de «su lindo cuartito y de sus primeras ganancias»; por entonces le faltó trabajo, y durante algunas fatigosas y tristes jornadas tuvo que alimentarse con un puñado de arroz. Mas por malas que fueran las circunstancias, sabía sobreponerse á ellas; alguna vez tuvo que aceptar las rudas faenas del bracero campesino errante, allí donde se las ofrecieron; y, sin embargo, al mismo tiempo escribía á los suyos hablándoles del «tiempo hermosísimo, de los verdes guisantes y las perfumadas fresas, del porvenir de California, con el deleite y el entusiasmo de un turista que recorriera el país bien provisto de dinero».

Encontró, por fin, nuevamente, trabajo de cajista; mas como era todavía un muchacho y no ga-

naba sino salarios de aprendiz, no le permitían más que vivir miseramente. Sin embargo, entonces escribió á su hermana Juana, con exaltadas frases de entusiasmo: «Mi corazón está por entero en mi trabajo». «El trabajo me llena de contento». «Me consagro á él con todas mis fuerzas». El trabajo que le arrancaba estas expresiones solía ser una jornada que comenzaba bien temprano, y que las más veces duraba hasta la una ó las dos de la madrugada.

Un incidente desventurado acrecentó sus dificultades. Los cambios de la política norteamericana acarrear la sustitución del personal administrativo. Uno de aquellos cambios trajo la cesantía del padre de Henry George; se vió aquél, á los sesenta y cuatro años, sin su puesto en Aduanas y obligado á ganarse la vida. Su hijo tenía á la sazón veintiún años; ganaba ya el jornal de un obrero adulto, y pertenecía á una asociación de trabajadores. No se arredró, y aceptó con energía la nueva carga. Tenía que sostenerse y á la vez que socorrer á sus padres. Pero lo hizo y envió los primeros socorros. Su anciano padre le escribió: «Tu cariñosa carta vale para mí más que la plata y el oro. Me prueba que mi amado hijo, aun estando tan lejos, se halla pronto á hacer un sacrificio para sostener á sus padres, caídos en la miseria». Su hermana Juana le escribía: «Todos hemos llorado al recibir tu carta». En los primeros tiempos fué esta hermana de Henry George como un espíritu tutelar, que asistió constantemente al incipiente luchador, siguiendo con ahinco los primeros es-

fuerzos de éste por emanciparse, sosteniendo sus esperanzas y sus aspiraciones, y alentando los entusiasmos con que surgían en la mente y en el corazón de su hermano los primeros anhelos de cooperar al mejoramiento y elevación de la familia humana. Aún no había dado los primeros pasos definitivos Henry George, cuando su hermana murió.

A los veintidós años se casó con una muchacha de diez y ocho, ambos sin dinero alguno. Fué éste su primero y único amor; la grave y dulce compañera que arrostró todas las penalidades de la lucha mantenida por Henry George, compartíendolas hasta el final de la vida del profeta. La miseria les embistió muchas veces con sañudo ahinco. Del rigor con que les trató puede juzgarse por una anécdota que el propio Henry George contaba á un amigo suyo, mucho tiempo después de haber acontecido, para mostrarle cómo, aun los hombres nativamente buenos y misericordiosos, pueden ser empujados por la miseria hasta la comisión de aquellos crímenes que se suponen característicos de la más irredimible maldad. Acababa de nacer su segundo hijo. La madre yacía en el lecho, pereciendo literalmente de hambre, exhausta, desfallecida; le era imposible alimentar al recién nacido. Parecían agotados todos los recursos, y Henry George, brutalmente empujado hacia la desesperación por estos atroces dolores morales, se lanzó, cegado por la calentura, á la calle, resuelto á arrancar su dinero al primer transeunte. Se encontró á un desconocido y le pidió cinco dollars. El

desconocido le preguntó para qué los necesitaba. «Los pido — dijo George — porque mi mujer está enferma y no tengo qué darle para comer». «Me dió el dinero— cuenta el propio George;—si no me lo hubiera dado, creo que me encontraba bastante desesperado para llegar hasta matarle».

La miseria de Henry George no podía ser atribuida á su holgazanería ni á su inapetencia. Era un trabajador fuerte y alentado, exento de vicios y muy accesible al sentimiento de su deber. Su desgracia consistía sencillamente en pertenecer á la clase de hombres que no tenían más que su trabajo para ganarse la vida y atravesar una época tan dura y desesperada en San Francisco, unos tiempos tan rigurosos para los trabajadores, que Mark Twain, hablando de ellos, confiesa que una vez rompió el cristal del escaparate de un restaurant á impulsos del hambre. De aquellas miserias no eran culpables los trabajadores, sino la anarquía industrial, que produjo una honda y duradera crisis.

Por fin, rodando de taller en taller y de necesidad en necesidad, encontró trabajo permanente en una imprenta. A poco inició su carrera de escritor, y con ello mejoraron sus circunstancias. A pesar de las acongojadoras vicisitudes de su vida pasada, había tenido voluntad y ocasión para leer, pensar y escribir mucho, estimulado siempre por sus generosos y nobles sueños; la realidad, el contacto con tan diversas gentes y situaciones, su personal experiencia le había comunicado aquel sólido conocimiento de la vida que en lo sucesivo

caracterizaría todos sus escritos, y había de servirle para que, por muy altas que fuesen sus especulaciones científicas, jamás perdiera de vista la relación ineludible que las ideas más abstractas tienen que guardar con los hechos más concretos, que son el elemento y la materia con que se va forjando la realidad.

La muerte de Abraham Lincoln, que cayó bajo la mano de un asesino, le inspiró un artículo que fué publicado en el periódico en que trabajaba como cajista. Este artículo le valió una plaza de reporter en el diario. Pronto se convirtió en articulista de fondo; y seis meses después de haber pasado el periódico á otro propietario, ocupó el puesto de director. Al mismo tiempo escribió para varias revistas, pero sólo un trabajo literario, un cuento de marineros, acaso evocación de su áspera y difícil adolescencia.

Comenzaba á suscitar preocupaciones en América el problema del monopolio ferroviario. Y á este consagró, en 1868, Henry George un notable trabajo en la revista *Other Land Monthly*, trabajo en el cual hizo vaticinios que el tiempo confirmó plenamente, y en el que palpita y se dibuja la primera vaga é indecisa señal de la misión á que este hombre extraordinario había de consagrar el resto de su vida. En unas pocas líneas se halla el germen de lo que habían de constituir sus doctrinas futuras:

«La construcción completa del ferrocarril y el gran aumento consiguiente en los negocios y en la población, no serán en beneficio de todos nos-

otros, sino de una parte únicamente. Como regla general (sujeta, claro está, á excepciones), aquellos que ya tienen, se harán más ricos; pero aquellos que no tienen, tropezarán en lo sucesivo con más dificultades para ganarlo. Los que poseen tierras, minas, negocios en marcha, ventajas particulares de cierto género, se harán más ricos por la construcción del ferrocarril, y encontrarán aumentadas sus facilidades para desenvolverse en la vida. Pero aquellos que sólo tienen su trabajo, se harán más pobres y les será más penoso en adelante el ganarse la vida, primero, porque necesitarán más capital para comprar tierras ó montar un negocio, y después, porque como la competencia reduce los salarios, será más difícil conseguir ese capital» (1).

Aquel año, el *Herald de San Francisco*, periódico con el que estaba en relaciones á la sazón, lo comisionó para que negociara en New-York la admisión de dicho periódico en la «Asociación de la Prensa», á fin de disfrutar las ventajas telegráficas concedidas á ésta.

No logró su propósito. La «Prensa Asociada» se negó á admitir al *Herald*. Fué la primera vez que Henry George se encontraba frente á frente de un monopolio, y pudo ver prácticamente los perniciosos efectos que un monopolio ejerce sobre todo el orden económico, y en especial sus operaciones sobre la distribución de la riqueza. Al mismo tiem-

(1) *La vida de Henry George*, por Henry George, hijo. Library Edition, página 178.

po, su espíritu fué herido intensamente por el espectáculo de New-York, donde la más profunda miseria convivía con el más desordenado lujo y la más desbordante riqueza. De regreso á San Francisco, organizó para el *Herald* un servicio telegráfico particular de tal eficacia que, aventajando á la «Prensa Asociada», indujo á ésta á hacer presión sobre las Compañías telegráficas para que estableciesen tarifas diferenciales, elevándolas en perjuicio del *Herald*, al que finalmente vencieron y aplastaron. Henry George luchó, protestó vigorosa y elocuentemente. Pero el monopolio era más fuerte; para luchar con él no bastaban las armas de la razón; Henry George se quedó sin periódico, sin trabajo, lanzado nuevamente al desamparo, y tuvo que errar otra vez, buscando ocupación de cajista.

Su labor pasada le había granjeado, sin embargo, algunos admiradores y cierta estimación pública, que pronto acrecentó con otras ocasiones. Hallábase planteada por entonces, en la costa Oeste de la América del Norte, el problema de la inmigración de los obreros chinos. En substancia, consistía en lo siguiente: El trabajo era en el Oeste americano, relativamente costoso. El obrero chino trabajaba con un salario inferior del blanco. Los patronos aspiraban á fomentar esta inmigración, con el fin de obtener brazos á poco precio; los trabajadores yanquis deseaban que se prohibiera la inmigración, á fin de impedir que la concurrencia de obreros abaratase su jornal. Como siempre ocurre en la polémica de los antagonicos in-

tereses, la cuestión se obscureció con cien argumentos sofisticos. Principalmente, alegaban los patronos que el disfrute de brazos á poco precio permitiría el desarrollo de la industria, dando ocasión á mayor demanda de trabajo, lo cual compensaría prontamente á los obreros de la merma que transitoriamente experimentasen en sus jornales.

Henry George no se dejó engañar por este sofisma, constantemente desmentido por los hechos. Analizó la cuestión en un extenso artículo publicado en la *New-York Tribune*, asentando con claridad y firmeza el hecho de que la ley del salario está en la oferta de brazos, no en los provechos de la industria, y, por tanto, que cualesquiera que fuesen los beneficios de ésta y su desarrollo los salarios no volverían á subir mientras hubiese brazos que por la cantidad inferior consintieran en ofrecerse y en aumentar numéricamente. Este trabajo mereció la aprobación de muchos. Conocido por el gran economista inglés Juan Stuart Mill, escribió á Henry George una carta laudatoria, la cual se insertó en un periódico, *The Transcript*, que Henry George había comenzado á publicar en San Francisco, y que, naturalmente, aumentó el renombre del joven escritor que la había merecido. Las soluciones por que éste abogaba fueron al fin implantadas. Diversas y sucesivas leyes restringieron la inmigración de los obreros chinos. Y en vista de este triunfo y de su resultado se reconoció cierta autoridad en materias económico-políticas al articulista que, desde las columnas de la

*Tribune*, había examinado antes que nadie, con amplitud, el problema, señalando sus caracteres y fijando las bases de la solución conveniente á la defensa de los trabajadores de California.

A esta etapa en que Henry George luchaba por dar vida á *The Transcript*, refiere aquél su primera visión de la doctrina á cuya propaganda había de consagrar el resto de sus días. Años antes, navegando como marinero desde San Francisco á Victoria, había tenido una fugitiva percepción de ella. «Charlaba yo— cuenta Henry [George — con unos cuantos mineros acerca de la inmigración china; les pregunté en qué les perjudicaba trabajar entre cavadores baratos». «No nos perjudica en nada—dijo un viejo minero;—pero los salarios no serán nunca tan altos como ahora en California. A medida que el país se desarrolle y que venga gente á él, los salarios bajarán, y un día ú otro los blancos se darán por satisfechos con ganar estos jornales por los que ahora trabajan los chinos». Fué casi como si hubiera dicho: «Los salarios dependen de la relativa productividad de la peor tierra en uso».

Cuenta el propio Henry George que esta idea se precisó en su mente un día que paseaba á caballo. «Absorto en mis propios pensamientos—escribía á un amigo veinticinco años después—conduje mi caballo á traves de los collados hasta que quedó jadeante. Deteniéndolo para que descansase, pregunté á un boyero que pasaba, á falta de algo mejor que decirle, qué precio tenía allí la tierra. Este, señalando unos bueyes que pastaban á tanta dis-

tancia que parecían ratones, dijo: «No lo sé exactamente; pero allí hay uno del que creo que quiere vender alguna tierra á mil dolares el acre». Como un relámpago pasó por mí la idea de que esta era la causa de que aumentara la miseria á medida que la riqueza aumenta. Con el crecimiento de la población, la tierra aumenta de valor y los hombres que trabajan tienen que pagar más por el privilegio de hacerlo» (1).

Desde aquel día se aprestó á la gran lucha contra la injusticia en que había de consumir el resto de su existencia. La idea central que de ese modo adquirió forma definida en su espíritu, lo guió é impulsó á entablar en distintos terrenos el combate contra el privilegio. La Compañía del ferrocarril central al Pacífico, absorbía de tal modo las fuerzas y los recursos de California, mediante un sistema de subvenciones, que se convirtió en un tirano insaciable y todopoderoso, el cual cada vez aumentaba más y más sus beneficios con nuevas exigencias al público en vez de limitarse á ser un servidor del interés general. No satisficieron su codicia las grandes concesiones de tierras; intervenía decisivamente en los negocios; enriquecía á unos, empobrecía á otros por medio de las tarifas diferenciales con incontrastable poder. Los gerentes de esta gran empresa eran inmensamente ricos, y su influjo político y social, les permitía obtener subvención tras subvención sin que el pueblo pudiese evitarlo, en parte porque carecía de fuerza política bas-

(1) *La vida de Henry George*, por Henry George, hijo.

tante, y en parte porque ignoraba los torcidos medios y escondidos caminos con que la Compañía realizaba sus maniobras. Sin embargo, un Gobernador del Estado, Haight, se puso frente al inicuo poder. Henry George lo defendió con su pluma, escribiendo en un periódico titulado *The Reporter*. Cuando los trabajos de Henry George molestaron á la Compañía, ésta compró el periódico, dejando sin tribuna al paladín de la justicia. Este, decidido á luchar, escribió contra las subvenciones un folleto que circuló profusamente. Las subvenciones fueron suprimidas; mas cuando el Gobernador se presentó á la reelección, la Compañía impidió su triunfo. La misma suerte corrió Henry George como candidato para la Asamblea del Estado. No fué una desgracia para la ciencia social esta derrota, porque ella torció el rumbo de Henry George, permitiéndole que más adelante dispusiera del tiempo necesario para escribir su gran libro «Progreso y Miseria».

En el verano de 1871 había escrito un folleto titulado «Nuestra tierra y política de la tierra», en el cual asentaba por primera vez su doctrina con tanta firmeza, que después no hubo de rectificar jamás ninguna de sus líneas fundamentales aunque la ampliara y completara. Este folleto fué copiosamente distribuido por la costa del Pacífico, y como documento político, tuvo gran resonancia local. La edición original de dicho folleto se agotó hace mucho tiempo. Después ha sido reproducido en la «Memorial Edition» de las obras de Henry George; también esa edición está agotada, mas

con posterioridad ha sido incluida en la «Library Edition» donde hoy puede leerse. La gran ley económica que Henry George descubrió, aparece clara y patente en «Nuestra tierra y política de la tierra». El libro famoso que al cabo de seis años pudo escribir, no sólo no la altera, sino que la corrobora, sistematizando los argumentos y mostrando la posibilidad de aplicarla universalmente.

Después de aquella aventura electoral, él y un muchacho inglés amigo suyo, fundaron otro periódico, *The San Francisco Post*. Fué el primer periódico que se vendió á centavo en las Montañas Rocosas; hasta el punto de que para poder venderlo, tuvieron que proveer á los vendedores de monedas de centavo, para lo cual trajeron mil dólares en esas piezas.

El periódico obtuvo un gran éxito y fué un vigoroso instrumento de lucha. Trataba las cuestiones políticas nacionales y las locales, siempre con resuelto espíritu y denodado aliento contra la injusticia. A la causa moral prestó inestimables servicios. Sin su campaña y arrojo hubiera quedado seguramente impune un caso de extraordinaria crueldad cometido por el capitán de un buque mercante sobre su desventurada tripulación. Defendió los procedimientos del Juez Lynch, como único camino para obtener justicia cuando no había medio de que ésta fuese aplicada legalmente á los poderosos. Denunció crueldades cometidas en las prisiones y puso á luz inmoralidades policíacas. Muchas otras campañas de gran ruido y de profunda honradez realizó en aquel periódico obte-

niendo grandes triunfos. Pero esto suscitaba contra él poderosas enemistades y agudos enconos, que le proporcionaron contratiempos y le expusieron á peligros. Una vez le dispararon un pistoletazo, del que milagrosamente se salvó.

La difusión del periódico requirió el empleo de máquinas más costosas, que ni Henry George ni su amigo podían comprar porque carecían de dinero. Les sacó del apuro un Senador que se brindó generosamente á prestárselo. Los cándidos propietarios del periódico admitieron la oferta hipotecando el periódico al préstamo. Poco después surgió una crisis financiera en San Francisco, tan intensa, que el Banco de California suspendió los pagos. En estas circunstancias, el prestamista exigió el reembolso de su crédito ó la entrega del periódico. El móvil de esta exigencia no era el deseo de obtener provechos, porque el prestamista propuso á Henry George que siguiera como propietario y director del periódico, siempre que se comprometiera á cambiar de política con respecto á la Compañía de ferrocarriles del Pacífico, y en vez de atacarla defendiese el monopolio de ésta. Henry George rechazó la proposición, y después de cuatro años de trabajar con creciente éxito en el periódico que había fundado, se quedó sin éste, y nuevamente obligado á buscar trabajo para comer.

Vino en su ayuda aquel gobernador, adversario de los ferrocarriles, á quien con anterioridad había defendido Henry George, y que le proporcionó una plaza de inspector oficial de los contadores de gas. Ocurrió esto en 1876, y tenía George treinta

y siete años, treinta y siete años de activa lucha; primero, para penetrar en el secreto de la vida social; después, para que prevalecieran las conclusiones á que había llegado; muchas veces al borde de la miseria, y sin haber conseguido todavía reunir un núcleo de opinión que suscribiera sus ideas. Todavía tomó parte en la elección presidencial, pronunciando discursos de propaganda. Uno de éstos, «El problema ante el Pueblo», impresionó vivamente á su auditorio, al cual procuró convencer de que en las elecciones políticas sólo quedaba á aquél «el derecho de elegir quiénes habían de desplumarle».

Sus condiciones oratorias, verdaderamente extraordinarias, reveladas en aquella ocasión, le proporcionaron una nueva arma que poner al servicio de sus convicciones. «Hablaban—dice un biógrafo—tan bien como escribía». Trató igualmente de ocupar una cátedra de Economía Política en la Universidad de California. Fué invitado á explicar previamente una lección sobre esta materia ante la Facultad y los estudiantes. Aunque éstos le oyeron con entusiasmo, la primera se mostró completamente hostil, hostilidad engendrada por la campaña que había realizado en su periódico, excitando al Gobierno á que hiciera una investigación sobre ciertos fraudes cometidos, en las construcciones universitarias. La cátedra no le fué otorgada.

Posteriormente le designaron para pronunciar el discurso acostumbrado en la celebración de la fiesta del 4 de Junio en San Francisco. Su discurso

fué digno de la fecha de la Independencia que se solemnizaba; pero no produjo otros resultados que la alabanza á su elocuencia. Propusieronle también como candidato para el Senado del Estado los «anti-coolies», los trabajadores cuya causa contra la causa de la inmigración de los obreros chinos él había defendido; pero lo declinó para dedicarse á escribir el gran libro que había de ser cimiento de su obra y precio de su inmortalidad. Algunas conferencias que dió interrumpieron su trabajo.

Por entonces se formó una minúscula organización, «La Liga de California, para la reforma de la tierra», cuyo propósito era la abolición del monopolio de ésta, Liga que fué el primer vástago de una familia numerosa y creciente desde entonces, extendida á todas las latitudes, y la cual va realizando su obra y llevando á la práctica sus ideas con rapidez progresiva al través de los organismos del Estado y de las fórmulas de la legislación. La organización de esta Liga vino á alentarle en ocasión en que había sido derrotado en otras elecciones por no supeditar á conveniencias de partido el principio esencial de su doctrina. Confinado en su empleo, disfrutó de un relativo vagar, que aprovechó para escribir, desde Agosto de 1877 hasta Marzo de 1879, el libro admirable, prodigio de clarividencia y de lógica, titulado *Progreso y Miseria*, que había de producir, en el curso de un tiempo relativamente breve, la más honda y fundamental de las revoluciones en nuestra civilización.